



Voces y expresiones viciosas

Actitud y gesto

VOLVAMOS a la carga. Como no se lee a los clásicos y en cambio nos pirramos por las traducciones, sin que nos

demos cuenta, vamos empedrando de galicismos nuestros escritos.

La galiparla no es un mal que se circunscriba a una determinada época. Quizá sea ahora cuando más extendido está, porque nos alimentamos principalmente de una literatura exótica que llega a nuestras manos a través de Francia. Pero la verdad es que en casi todo tiempo abundan los gabachos de la pluma, e incluso toparemos a cada paso con galicismos de pensamiento. ¡Y qué será peor, escribir o pensar a lo francés! Autores de tanta nombradía como el padre Feijóo, Jovellanos, Capmany, Quintana, Clemencín, Martínez de la Rosa, etc., han caído de hoz y de coz en la torpeza de atribuir a determinadas voces una acepción distinta de la que legítimamente les corresponde.

Claro que estas debilidades o corrupciones no autorizan a los demás a cometer tales desaguisados, como el mal ejemplo en el orden moral, en el económico, en el de la salud, etc., no nos debe mover a transgredir la ley de Dios, a malbaratar nuestra fortuna o faltar a los preceptos de la higiene.

¡Pero vaya Ud. con estas razones a quienes tienen por norma la sinrazón! ¡Libertad, libertad!, exclaman. Pero no tanta, decimos nosotros, acordándonos de aquel buen hombre que tras de haberse servido de su asno en ciertos trabajos, le quitó la albarda y la jáquima, y dándole una palmada en el anca, gritó: «¡Libertad, ciudadano... pero no tanta!», porque apenas vióse libre el jumento, prorrumpió en ciertas sonoridades a que también era muy aficionado Mercurio, según cuentan los mitólogos.

Actitud y gesto, son dos palabras que tienen dos caras: una mirando para los clásicos y la otra... para los Pirineos.

¡Qué corriente, tan corriente como el agua cuando da en llover, que no es cosa muy corriente en estos tiempos, es leer en libros, revistas y periódicos!: «Aquella *actitud* moral de José había por fuerza de granjearle la estimación de todos» o «La valiente *actitud* de Juan dió fin a la contienda».

Pero mejor será que aportemos algunos ejemplos del incorrecto uso de esta palabra por escritores que gozan trato de favor—merecido sin duda—de los españoles.

Aquí tenemos a Ortega y Gasset, encaramado en el pináculo de la fama por la agudeza de su pensamiento y la elegancia de su esti-

lo: «El espíritu de cada generación—escribe en *El tema de nuestro tiempo*—depende de la ecuación que esos dos ingredientes formen, de la *actitud* que ante cada uno de ellos adopte la mayoría de sus individuos...» Y más adelante, en las mismas páginas: «Tomar un punto de vista implica la adopción de una *actitud* contemplativa, teórica, racional».

Y Ramón Pérez de Ayala, académico nada menos, y bien sabe Dios que por mil razones se lo merece, pero no por esta que vamos a ver ahora, dice en la página 168 de *El curandero de su honra*: «... Tigre Juan... se plantó de pie a la cabecera de Herminia. mirándola de arriba abajo en *actitud* de supremo juez».

Todas estas actitudes huelen a la *attitude* de más allá del Bidasoa. Por cierto que los franceses primeramente sólo habían dado a este vocábulo la acepción de «postura del cuerpo», mas en su afán de ensanchar los horizontes del lenguaje, atribuyeron después a tal dicción ese significado figurado que venimos censurando a lo largo de este palique.

Lo mismo cabría decir de *gesto*, palabra que los franceses emplean en sentido figurado. ¿Quién no ha visto la película intitulada *Beau geste*? Pues bien, ese «bello o hermoso gesto» equivale en nuestra lengua a bella o hermosa acción, si queremos ser castizos y dar de lado a toda insana influencia transpirenaica. Porque *gesto*, que viene de *gestus*: gesto, movimiento, ademán, tiene una acepción eminentemente física, material, como torcer la jeta, poner mala cara, etc.; pero en ningún caso puede significarse con tal voz,—de no atribuirle como hacen los franceses un alcance o sentido moral—una acción noble y hermosa, como verbi gracia, la de amar a nuestros enemigos, preconizada por Jesucristo en los Evangelios.

Cuando Ortega y Gasset en su ensayo ya citado, escribe así: «La era revolucionaria concluye sencillamente sin frases, sin *gestos*, reabsorbida por una sensibilidad nueva», yerra, a nuestro juicio, pues bien fácilmente se advierte del contexto el alcance o intención moral y filosófica que tiene.

Los ejemplos que siguen abrirán bien los ojos a los que quieran comportarse irreprochablemente en estos dominios de la letra impresa.

«Tal vez su mayor valer... no está en ella misma, sino en el acento con que se pronunció, en el gesto fugitivo de que fué acompañada... Valera (*Pasarse de listo*).

«En lo escrito, ni el gesto, ni la mirada, ni la voz, pueden modificar palabra alguna»... (*Ibidem*).

«Los discípulos, que acababan de disponer lo más necesario al trabajo, habíanse ido a un gesto del artista». Castelar (*Fra. Filippo Lippi*).

Volvamos, pues, sin jactancia
nuestras espaldas a Francia
y homenaje al castellano
rindamos sombrero en mano.